



## **Dar: Cuando Nace la Generosidad en el Niño Pequeño**

Por HeyZeus Oak

Si pasamos un rato observando a un niño pequeño mientras crea algo con sus manos, a veces aparece un momento silencioso que revela algo profundo. El niño reúne hojas, dobla papel, modela cera de abeja o pinta con gran concentración. Al principio parece que toda su atención está puesta en los materiales mismos. Pero de pronto levanta la mirada y dice: “Esto es para mamá” o “Lo estoy haciendo para mi amigo”.

En ese instante ha surgido algo nuevo. Lo que comenzó como simple actividad y exploración se vuelve hacia afuera. El niño ya no está solamente haciendo algo. Está dando.

En los niños pequeños este impulso no nace de la obligación ni de una instrucción. Aparece de manera natural como parte de su creciente relación con el mundo y con las personas que lo rodean. El niño vive profundamente conectado con los adultos y la comunidad que lo acompañan. El calor que recibe, el cuidado que ofrecen padres y maestros, y el ambiente del hogar o del aula quedan grabados profundamente en su interior. Con el tiempo, algo dentro del niño comienza a responder a esa experiencia. Surge el deseo de devolver algo.

En los primeros años, gran parte de la actividad del niño fluye a través de sus manos. Los niños amasan masa, modelan arcilla, recogen flores, apilan bloques y dibujan con amplios movimientos sobre el papel. Estos gestos no son solamente formas de juego o exploración. Son también expresiones de la voluntad del niño que se mueve hacia el mundo. A través de sus manos el niño descubre que puede transformar los materiales, modificar su entorno y traer algo nuevo a la existencia.

Cuando esta actividad se conecta con otra persona, el gesto se vuelve más profundo. Un dibujo se convierte en un regalo para los abuelos. Un pequeño ramo de flores se lleva con cuidado por el jardín para la maestra. Un niño trae una piedra lisa o una hoja elegida con atención y la ofrece con una seriedad tranquila. Para un adulto estos objetos pueden parecer simples, pero para el niño el acto de dar tiene un gran significado.

En la educación Waldorf entendemos que el niño pequeño aprende principalmente por imitación y experiencia, más que por explicaciones. La generosidad no surge porque los adultos expliquen la importancia de la bondad. Crece porque el niño vive dentro de un ambiente donde el cuidado, la gratitud y la generosidad se practican silenciosamente cada día.

Cuando los niños ven a los adultos preparar comida para otros, cuidar el jardín, remendar una prenda o crear algo hermoso para el hogar, encuentran ejemplos vivos de lo que significa dar. El niño absorbe estos gestos mucho antes de comprenderlos con el pensamiento. Con el tiempo, ese mismo impulso comienza a despertar en su propia actividad.

El trabajo artístico en la primera infancia ofrece uno de los caminos más naturales para que aparezca este impulso. Cuando los niños pintan, modelan con cera de abeja, cosen formas sencillas o crean pequeñas manualidades de estación, no están buscando perfección ni reconocimiento externo. La actividad en sí misma les brinda satisfacción. Pero cuando el objeto terminado es ofrecido a otra persona, la experiencia se expande. El niño descubre que algo creado con su propio esfuerzo puede llevar alegría a alguien más.

Este descubrimiento marca un paso importante en el desarrollo moral del niño. Rudolf Steiner hablaba a menudo de cómo el niño pequeño se desarrolla primero fortaleciendo su voluntad. A través del movimiento, la imitación y la actividad con propósito, el niño aprende a actuar en el mundo. Pero con el tiempo esa voluntad comienza a transformarse. Lo que al principio aparece como el impulso de actuar se convierte gradualmente en la capacidad de cuidar a los demás.

En este sentido, el camino de la primera infancia se mueve silenciosamente desde la voluntad hacia el amor. El niño que antes simplemente quería cargar, construir o crear, comienza a usar esas mismas capacidades al servicio de otra persona. Las manos que antes tomaban el mundo comienzan ahora a ofrecer algo de vuelta.

De muchas maneras, los regalos que los niños crean reflejan las relaciones que viven a su alrededor. Un niño que se siente amado y cuidado suele desear expresar ese mismo calor hacia afuera. El regalo se convierte en un puente entre las personas. El dibujo, la flor o el pequeño objeto hecho a mano lleva dentro algo invisible: la intención y el afecto del niño que lo creó.

Por esta razón, las actividades artísticas que se ofrecen en los entornos de la primera infancia suelen ser simples y basadas en materiales naturales. La cera de abeja que se ablanda con el calor de las manos, las acuarelas que fluyen y se mezclan, la lana que puede moldearse y coserse, la madera que puede lijarse hasta quedar suave... todos estos materiales invitan al niño a una relación viva con el acto de crear. No dictan un resultado final, sino que permiten que el gesto y la imaginación del niño guíen el proceso.

Cuando la actividad permanece abierta de esta manera, la posibilidad de un dar auténtico sigue viva. La creación del niño no es algo producido para satisfacer una expectativa adulta. Nace del encuentro real entre el niño, los materiales y el momento.

En la cultura moderna, los regalos a menudo se compran rápidamente y se intercambian por costumbre. Pero cuando un niño ofrece algo hecho con sus propias manos, el gesto tiene una cualidad distinta. El objeto puede ser pequeño o imperfecto, pero el esfuerzo y la atención que contiene son inconfundibles. El regalo se convierte en un recipiente para la creciente capacidad del niño de preocuparse por otra persona.

Para padres y maestros, la forma más significativa de apoyar este impulso no es dirigirlo demasiado. Cuando los niños sienten presión para producir regalos o manualidades para ocasiones específicas, la actividad puede perder su autenticidad. La generosidad florece cuando los niños simplemente tienen oportunidades para trabajar con sus manos de manera significativa y cuando los adultos a su alrededor viven con gratitud, cuidado y amabilidad.

Con el tiempo, estos pequeños gestos se van acumulando. El niño que hoy trae una flor puede algún día ofrecer ayuda a un amigo que lo necesita. El niño que prepara con cuidado un regalo para su madre puede crecer y convertirse en un adulto que contribuye con atención y sensibilidad a su comunidad.

Las semillas de la generosidad se siembran temprano, muchas veces de formas silenciosas y casi invisibles. Un dibujo que vuelve a casa desde la escuela. Un puñado de frutos recogidos en el jardín. Un pequeño objeto colocado en la mano de alguien con una sonrisa tímida.

Desde afuera estos gestos pueden parecer pequeños, pero dentro de ellos algo profundamente humano está naciendo. El niño descubre que sus acciones pueden llevar calor a la vida de otra persona. La voluntad que antes se movía hacia el mundo solamente para explorarlo comienza a transformarse en algo nuevo. Se convierte en el impulso de dar.

Y en esa transformación silenciosa despierta una de las capacidades más hermosas del ser humano. El niño que antes extendía sus manos para tomar el mundo comienza a aprender otro gesto. Las manos se abren. El regalo se ofrece. Y a través de ese simple acto el niño descubre que el mundo no es solo algo que podemos tomar, sino también algo a lo que podemos entregarnos con amor.

### **Biografía del autor**

HeyZeus Oak es el director y fundador de Heart in Hand Preschool en Portland, Oregon, un programa de educación infantil Waldorf completamente certificado y miembro de WECAN. También es mentor formado a través del Center for Anthroposophy y está dedicado a cultivar reverencia, ritmo y belleza en la vida de los niños pequeños.